



Chernóbil como metáfora

Chernóbil como realidad y como metáfora. Como realidad, el terrible accidente nuclear producido por un error humano demuestra que el riesgo en el mundo contemporáneo no tiene fronteras. Y que todos estamos expuestos a las catástrofes de los demás. El balance definitivo aún está pendiente. No hay una cifra objetiva, reconocida oficialmente, del número de víctimas. Los datos sobre los efectos y su propagación en el espacio y en el tiempo siguen siendo imprecisos, y algunos, según las fuentes de las que provienen, han sido contestados.

Como metáfora, Chernóbil representa el hundimiento de los regímenes de tipo soviético. Lo mismo que en ese sistema, años atrás considerado imbatible, en Chernóbil todo era mentira, todo era apariencia: la central no cumplía los requisitos, los servicios de emergencia no funcionaban, la confusión y la desinformación hicieron el resto. Como la central de Chernóbil, tres años después, aquellos regímenes cayeron a raíz de la enorme incompetencia acumulada, de la incapacidad de seguir la escalada tecnológica con la que el capitalismo occidental les desafiaba.

Chernóbil es también un emblema de la sociedad del riesgo. El hombre amenazado por sus propias construcciones. La catástrofe ya no es imputable ni al azar, ni a la naturaleza, ni a lo imprevisible. La catástrofe se ajusta a la misma lógica del progreso sin límites.

Chernóbil como accidente global. Nada de lo que pasa a los demás nos es ajeno. Todos somos vecinos de un mismo barrio, al que llamamos Tierra, que cada vez nos resulta más pequeño. Las fronteras no sirven de nada: ni para parar la señal de los poderosos medios de comunicación actuales, ni para evitar la contaminación debida a la catastrófica gestión del peligro por parte de unos y otros. Y al mismo tiempo tenemos la sensación de estar todos juntos unos encima de los otros: «claustrópolis», dice Paul Virilio.

Veinte años después de Chernóbil, la naturaleza ha rebrotado más o menos salvaje e incontrolada. En medio de los pueblos abandonados, la vegetación ha crecido y los animales han vuelto a instalarse en la zona. Chernóbil es, en este sentido, también una especie de metáfora del paraíso terrenal después de la catástrofe. Como si se nos quisiera advertir de que las arcadias siempre tienen trampa.

Pero Chernóbil es, así mismo, la historia de unas personas que fueron víctimas sin ninguna voluntad de serlo, héroes sin ningún motivo para sacrificarse. Gente que murió o que llevan consigo la cruz del mal por la impericia e incompetencia de los demás: los habitantes de la zona o los liquidadores que acudieron a apagar el fuego porque así se

lo ordenaron, porque alguien tenía que hacerlo. La historia de Chernóbil está llena de experiencias personales desgarradoras: gente obligada a trasladarse que vivió al mismo tiempo el hundimiento de su patria y la destrucción de su medio natural y familiar; gente que lo perdió todo; gente que no se sintió capaz de moverse y optó por una especie de clandestinidad en el universo de la contaminación. E, incluso, gente que acudió a Chernóbil porque en el mundo hay lugares aún peores. De todas estas historias me quedo con una: una viuda de Chechenia que se instaló con sus hijos en un pueblecito abandonado del área de Chernóbil «porque aquí, al menos, la muerte es más lenta que en Grozni».

El debate sobre la energía nuclear vuelve a estar sobre la mesa. Chernóbil es una advertencia que no se puede dejar a un lado. Pero con todo, es más importante como metáfora de un mundo, el



Prólogos de Josep Ramoneda en los catálogos del CCCB

nuestro, donde el descontrol tecnológico, en manos de poderes sin garantías, se une al menosprecio hacia el material humano demostrado por los poderosos. Chernóbil es una metáfora del final del totalitarismo del siglo xx, pero puede serlo también del nuevo totalitarismo de la indiferencia.